

El zorbaísmo de Kazantzakis

Roberto Quiroz Pizarro

A Carmen

El año 1917, en Prastova, se conocieron el joven intelectual y el maduro minero. Se hicieron amigos y decidieron incursionar en el terreno de la pequeña minería. Apenas dos años más tarde se volverán a encontrar en una misión humanitaria de repatriación de unos 150 mil refugiados griegos del Cáucaso.

Jorge Zorba fue el segundo de sus profetas espirituales a quien Kazantzakis pudo conocer personalmente. Varios años antes había conocido a Henri Bergson; ahora le tocaba el turno a este desconocido hombre de pueblo. De las experiencias en la explotación minera nacerá su conmovedora novela Alexis Zorba, obra de la madurez, escrita en 1942-43.

Kazantzakis apreció y admiró profundamente a este hombre de rústica sabiduría, muy distante de la formación intelectual. Sin embargo, fue una personalidad que dejó una imborrable huella en Kazantzakis, al punto de anotar que "toda el alma de Creta" anidaba en Zorba. La aparición de este hombre fue providencial tanto para la vida como para la obra del escritor cretense. En tal sentido, la figura de Zorba fue la de un gran maestro de vida, un señor de sí mismo, libre, de nobleza pura, que ponía en práctica el arte de vivir día tras día a plenitud.

Un emotivo capítulo dedicado a Zorba se halla en *Carta al Greco*, en donde se aprecia una ferviente deuda espiritual en las palabras con que Kazantzakis lo recuerda. Señala que al mencionar a los hombres que más hondamente dejaron su impronta, mencionaría a "*Homero, Buda, Nietzsche, Bergson y Zorba [...] Si debiera en mi existencia elegir un guía espiritual, un Gurú como dicen los hindúes, un Anciano como dicen los monjes del Monte*

Roberto Quiroz Pizarro, El zorbaísmo de Kazantzakis

*Athos, seguramente elegiría a Zorba*¹. En una palabra, Zorba le enseñó a "amar la vida y no temer la muerte".

Otra nota cargada de emoción es la que se refiere al momento en que Kazantzakis recibe la noticia de que su gran amigo ha fallecido: "*Cerré los ojos. Lágrimas tibias corrían por mis mejillas. Ha muerto, ha muerto... -- musitaba--, Zorba ha muerto. ¡Nunca más! La risa ha muerto, la canción se ha interrumpido, el santuri se ha roto, ya no más danzas en las peñas de la costa. Se ha llenado de tierra la boca insaciable que, poseída de una sed inextinguible, no paraba de interrogar. Nunca más se encontrará una mano tan tierna, tan sabia, para acariciar las piedras del mar, el pan, la mujer...*"². Queda así reflejado en estas pocas palabras lo que fue Zorba para Kazantzakis, un verdadero mito viviente.

Los neohelenistas se preguntan ¿cuál es la relación que mantienen los escritores griegos con el pasado de Grecia?

La posibilidad de respuestas supera cualquier punto de vista circunstancial de un autor o de otro, pues se requiere del más amplio horizonte temporal. Dentro de ese inmenso océano vivo que es la cultura de los pueblos, en este caso del pueblo griego, cabe considerar ciertas obras que ya son parte tanto de la crítica literaria como del sentimiento popular. Algo de esta naturaleza ocurre con el popular libro de Kazantzakis *Zorba el Griego*.

Se ha querido ver en el Zorba una especial relación con el pasado griego. Además esta novela posee el mérito adicional de que es el libro más leído de Kazantzakis, junto con ser también guión de una destacada realización cinematográfica. Es una historia amena y chispeante, que en medio de su abundancia no parece requerir de un excesivo esfuerzo intelectual. Sin embargo, esta es una reacción espontánea ante la historia y, en último término, engañosa. Más aun, dando una primera respuesta a esa inquietud de los neohelenistas, se puede adelantar que esta obra lleva consigo un sentido de continuidad manifestado en un reencuentro del hombre de hoy con gérmenes de la cultura clásica.

Partamos por considerar algunos elementos del análisis filológico-literario que hacen más interesante la lectura inicial de la obra.

Recordemos que en la *República* de Platón, obra clásica, el relato comienza con una alusión directa al famoso puerto ateniense, el Pireo. A su vez la obra de Kazantzakis se inicia así: "*Lo vi por primera vez en el Pireo. Había bajado al puerto para embarcarme con destino a Creta*". Esta

¹ N. Kazantzakis, *Carta al Greco*, p. 544-45.

² *Ibidem.*, p. 561.

circunstancia de la obra de Kazantzakis no es un punto aislado y casual nada más. Junto con ser un recurso de intertextualidad también expresa un paralelismo de fondo. Por otro lado, asimismo, hay que recordar que dentro de la estructura de los diálogos platónicos, la figura central es Sócrates, un personaje de ruptura y que vive poseído a veces por un demonio. Del mismo modo, sabemos que la personalidad de Zorba responde a los mandatos de un demonio singular.

En general, el texto platónico es considerado como una proyección ideal respecto de un orden social dirigido por la razón. Es una temeraria empresa, sin duda, cuya finalidad es la de orientar la vida de los individuos que conviven en la polis. En cuanto al texto de Kazantzakis, uno de sus protagonistas, Zorba, va a personificar con su comportamiento tan atípico respecto del resto de los hombres comunes, un tipo de vida que también puede mirarse como ideal. Las dimensiones de cada uno, en un caso Sócrates, en el otro Zorba, buscan poner al individuo en relación con los demás o consigo mismo, tarea que como construcción social por mínima que sea, siempre parte desde el propio hombre en concreto que primero debe ganarse una individualidad, pues sin individuos no hay sociedad.

Respecto al nombre de la obra platónica conocida como *La República*, hay que precisar que su término griego es "politeia". Curiosamente, varios siglos después, Kazantzakis recoge esa misma palabra en el título en griego: *Víos kai Politeia tu Alexi Zorbá*. Esta correlación la destaca un neohelenista actual, quien nos indica lo siguiente: "*creemos que es muy significativo el hecho de que una misma palabra --Politeia-- se encuentre en las dos obras, aún con matices semánticos algo distintos. Creo por lo tanto, que podemos leer Zorba no sólo como narrativa hagiográfica [...] sino como punto de partida para el ejercicio de un diálogo filosófico al modo de Platón*"³. Efectivamente, la novela de Kazantzakis transcurre dentro de una polifónica aventura de conversaciones y puntos de vista entre sus dos personajes centrales, "K" y Zorbas.

Además, aparte del título genérico de *Vida y Hechos*[...] señalado por Kazantzakis, hay que mencionar que existe otro alternativo que sería como *La hagiografía de Alexis Zorba*. Nos interesa resaltar la palabra griega "sinaxari", la que se refiere a la vida de los santos y que es empleada aquí. Bajo esa denominación se está mostrando un patrón de idealidad que corresponde a la religiosidad de los monjes y ascetas de la larga tradición ortodoxa. Señala

³ J. Antonio Costa Ideas, "Kazantzakis: Universalismo y helenicidad", de VVAA., en *Tras las huellas de Kazantzakis*, ed. Athos-Pérgamos, Granada 1999, p. 103.

Roberto Quiroz Pizarro, El zorbaísmo de Kazantzakis

Costa Ideas que *"este título [...] y el título definitivo Víos kai Politeia [...] son índices explícitos de una ligazón con la tradición griega, la tradición hagiográfica medieval (bizantina) la cual es así evocada por Kazantzakis para subvertirla, pues el vitalista Zorbas [...] se plantea, de hecho, como el equivalente terrestre del sabio tradicional de la Iglesia"*⁴. Ahora, con estas precisiones expuestas, ya los títulos no nos parecerán tan gratuitos. Incluso, la politeia platónica y la politeia de Zorbas, hacen pensar en un espíritu de fondo, cual es el de servir como medida valórica y ejercer una crítica de lo establecido. Otro tanto sucedería con la vida de los santos medievales y el hereje patrono de Zorbas. Asimismo, esto indicaría que Kazantzakis ha intentado reorganizar una espiritualidad nueva, no ya en los términos tradicionales cristianos, sino más bien inclinándose hacia el tipo "pagano", una suerte de convergencia de elementos trágicos con visiones nietzscheicas personalizadas en la inocencia del devenir, el espíritu libre, una conciencia vital, una conducta más allá del bien y del mal, una grandeza interior, entre otros.

Todos estos elementos esbozados invitan a repensar que en el fondo de la trama de Zorbas se encuentra una parábola filosófica muy sutilmente construida, y que toma como dinamismo la colisión y conciliación de fuerzas, visiones y "politeias", que constituyen la experiencia de la tradición helénica, desde Homero hasta nuestros días.

Este doble procedimiento –colisión y fusión– de energías y perspectivas, constituye un esencial sustrato de todo el pensamiento de Kazantzakis, pero asimismo representa el intento de redescubrir en arquetipos humanos el milagro de Grecia antigua, y además, el desafío de trazar un camino para el hombre actual tan ofuscado de sin sentido. Esta amplitud de horizontes en juego, constituye una "constante" en su obra, igual proceder que se prolonga en la personificación de sus llamados "guías de la humanidad", quienes siempre oscilan dentro de la naturaleza real de estas fuerzas que se estrellan, auspiciando una reconciliación que nunca acaba, y que pasa de personaje en personaje. Kazantzakis con una intuición propia de un cretense, más que de la de un occidental típico, simplemente, siente y percibe que la posición geográfica y espiritual de Grecia en medio de Oriente y Occidente es la de un punto estratégico espiritualmente. Escucha su pasado más originario, y concibe el "milagro griego", la experiencia griega, como una incesante lucha entre estas potencias antitéticas, y contempla el apogeo de la civilización griega como una fusión de ellas. El milagro griego, su misión

⁴ *Ibíd.*

dentro de la humanidad, son ecos visionarios que Kazantzakis siempre tiene en mente: "*La posición no sólo geográfica sino espiritual de Grecia implica una misión y una responsabilidad misteriosas. Dos corrientes cuya voz jamás se calla chocan en sus tierras y en sus mares, y por eso Grecia ha sido un punto geográfico y espiritual recorrido por remolinos incesantes. Esta posición fatal ha tenido una influencia determinante sobre el destino de Grecia y del mundo*"⁵. Trágica posición de choque entre ambas cosmovisiones, la oriental y la occidental.

*"Nuevas fuerzas ascienden desde Oriente, nuevas desde Occidente, y Grecia, siempre en medio de los dos impulsos chocantes, llega a ser otra vez un torbellino. Occidente, siguiendo la tradición lógica y científica, se lanza a conquistar el mundo, y Oriente, empujado por feroces fuerzas inconscientes se lanza también a conquistar el mundo. Y Grecia entre ellas, encrucijada geográfica y espiritual del mundo, debe de nuevo reconciliar estos dos terribles impulsos, encontrando la síntesis"*⁶.

La palabra --el logos-- contra las terribles potencias del subconsciente. Kazantzakis ve exactamente la misma colisión que actúa en el lejano pasado griego: "*Seguramente en una de las orillas [de Grecia] habrá sucedido el milagro de la transubstanciación del animal en hombre. En tal orilla griega habrá anclado un día la Astarte oriental, con sus ubres repletas como las de una cerda; y los griegos recibieron el ídolo bárbaro rudamente tallado, lo limpiaron de la bestia, le dejaron solamente las dos ubres humanas y le dieron un cuerpo humano muy noble. Tomaron los griegos desde el oriente el primitivo instinto, la embriaguez orgiástica, el bestial grito de Astarte; y trasformaron el instinto en amor, el mordisco en beso, la orgía en culto religioso y el alarido en palabra amorosa. Astarte llegó ser Afrodita*"⁷.

"El turbio alarido, no decantado de Oriente, pasando por la luz de Grecia, se purifica, se humaniza, llega a ser Logos".

Aquel pasado mítico y cruce de fronteras, en donde Kazantzakis aprecia la configuración de la estirpe griega, es aquella milagrosa mixtura de culturas, la de los pueblos aqueos con los dorios bárbaros. Existen unas elocuentes expresiones poco conocidas de Kazantzakis, que publicó para un artículo de la década de los cuarenta. Allí el mismo autor anota un comentario a su propia obra la Odisea. Se trata de un episodio puntual, cuando *Odiseo* rapta a Helena para abandonarla luego en Creta. Kazantzakis dice:

⁵ N. Kazantzakis, *Carta al Greco*, p. 203.

⁶ *Ibidem.*, p. 205.

⁷ *Ibidem.*, p. 203.

Roberto Quiroz Pizarro, El zorbaísmo de Kazantzakis

*"Y Odiseo, apenas este propósito se realizó [cuando vio a Helena en brazos del bárbaro], se fue, dejando a Helena acabar su misión --alimentar, transubstanciar en su entraña la semilla bárbara y dar a luz el hijo, el griego"*⁸

Como característica general se dice que Occidente defiende el "Yo", la individualización, la fragmentariedad de la realidad. En oposición a esto, las fuerzas de Oriente combaten para fusionar el "Yo" en el "Uno", lo que al parecer implica un escape de la realidad terrestre. En las descripciones anteriores respecto de ese lejano pasado mítico, a primera vista se trasluce cierto ritmo de caos contenido en la fuerza oriental, una pasión desbordada, una embriaguez orgiástica, "el bestial grito de Astarte". Sin embargo, también Kazantzakis admira ese pathos, al menos en cuanto esa misma potencia tiende a desdibujar al hombre como individuo sólidamente construido, y por tanto, lo ayuda a superar su limitado racionalismo y a participar más íntimamente con las leyes "inhumanas", las que también se encuentran en la base de la naturaleza del hombre. Si consideramos que las palabras pasión y alma tienen en Kazantzakis una tremenda equivalencia, entonces apreciaremos una sensibilidad oriental positiva, en especial cuando se refiere admirativamente al alma del pueblo ruso, a esos pueblos que no están en occidente y que parecieran vivir plenos de alma, a esos pueblos *"que pueden armonizar dentro de ellos mismos las antinomias que son irreconciliables para la lógica del europeo"* [...]. *"El ruso coloca por encima de todas las cosas al alma, la rica, oscura, contradictoria, complicada fuerza que empuja al hombre más allá de la lógica, a la inconmensurable pasión impetuosa. Las ciegas fuerzas creadoras no cristalizan todavía dentro de él en una jerarquía lógica. Se encuentra todavía el ruso muy estrechamente pegado a la tierra, lleno de polvo y de oscuridad cosmogónica"*⁹.

El espíritu de Oriente práctica la disolución en pos de la unidad mayor. Hay aquí una dispersión del individuo, una renuncia a la realidad del yo y del mundo, una negación de los sentidos también. Se daría una pasión por la nada, que difiere de aquella otra pasión de los instintos. Kazantzakis también considera que ese alejamiento budístico de la vida respecto del deseo, es la "sustancia de Oriente", un esfuerzo por "vivir y desaparecer". El espíritu occidental, tiende al contrario, pues busca la fortificación del ego, una conducta que le da contornos a las pasiones, una mentalidad que someta los impulsos desordenados. Los primitivos demonios, son gobernados por la

⁸ *Nea Hestía*, n° 34, 15 de agosto 1943.

⁹ N. Kazantzakis, op. cit., p. 478.

razón, y así la racionalidad del sujeto vence la anarquía y el caos que amenaza al yo. Así "Oriente" y "Occidente" colisionan a simple vista, pues sus visiones preludian un encuentro de fuerzas que brotan desde el propio hombre: pasión y razón, cosmos y caos, individuación y unificación.

Sobre este panorama general de ideas y puntos de vista se pueden injertar los conceptos e imágenes filosófico-poéticas que nos ofrece un bello y complejo texto. Se trata de El nacimiento de la tragedia de Nietzsche. Es lo que nos propone el neohelenista Peter Bien¹⁰, en vista a que su vocabulario relativo a la cultura trágica "*no solamente será cómodo para esto, sino porque tenemos la certeza que Kazantzakis, consciente o inconscientemente, configuró a Zorba sobre la gran obra de Nietzsche*"¹¹. Además, contamos con algunas menciones que, aunque siendo muy fragmentarias, no dejan de ser interesantes e ilustrativas respecto a la recepción que tuvo la filosofía nietzscheica en el entonces joven escritor cretense. En efecto, en el último libro de Kazantzakis *Carta al Greco*, existen unos breves capítulos que están subtítulos con claras alusiones de los tópicos nietzscheicos: "Nietzsche: el gran Mártir", "Dioniso Crucificado", "Eterno retorno".

Detengámonos en los planteamientos nietzscheicos que nos permitirán, para más adelante, un contraste de fondo entre el dionisiaco-trágico Zorba y el apolíneo-socrático "K" de la novela.

Según sus planteamientos, el mito trágico, tejido y pulsación de la cultura griega, alcanza su mayor esplendor cuando sus fuerzas creadoras engendraron dos imágenes divinas: Apolo y Dioniso, la pareja sagrada. Cada una de ellas manifiesta fuerzas distintas y antitéticas que brotan del seno mismo de la naturaleza. Ellas han de combinarse perpetuamente, ya sea en conflicto o en armonía. Apolo representa las facultades creadoras de las formas bellas y armónicas, la apariencia radiante del mundo interior, de la imaginación, que es el mundo del ensueño. Dioniso, representa la alegría desbordada del vivir, la exaltación entusiasta de una existencia exuberante, llevada hasta la embriaguez y el éxtasis. La nota más característica del principio apolíneo es ser una representación de individuación, que encarna la contención y la medida. En cambio un estado dionisiaco suscita lo horroroso, el individuo "se olvida de sí mismo". La magia dionisiaca rompe el contorno individual o apolíneo de las formas, restituye la "unidad primordial", nada

¹⁰ Asimismo, la aseveración de Bien respecto al fondo nietzscheico de influencias que intervienen en este libro, *Zorba el Griego*, no hace más que estar de acuerdo con el parecer general, al que le hemos dedicado parte del capítulo "Kazantzakis y Nietzsche".

¹¹ P. Bien: "Alexis Zorba, Nietzsche y el orden eterno helénico", Traducción al griego M. Kásdagli, *Nea Hestía Homenaje* 1971, p. 77.

Roberto Quiroz Pizarro, El zorbaísmo de Kazantzakis

menos que ese fondo oscuro y terrible de las cosas a donde el hombre retorna: la naturaleza. El estado dionisiaco culmina en el éxtasis de la danza y del ditirambo. Señala Nietzsche la tensión entre las fuerzas sagradas: "*Apolo se eleva ante mí como el genio del principio de individualidad[...]; mientras que, al grito de la alegría mística de Dionisos, el yugo de la individualidad se rompe y se abre el camino hacia las causas generadoras del ser, hacia el fondo más secreto de las cosas*"¹².

Digamos que lo genial y peculiar del pueblo griego fue el haber sabido conciliar ambos aspectos en una obra de arte única: la tragedia. De los dos dioses, Nietzsche se inclina hacia el segundo, con su exaltación vital y delirio místico. Al respecto, recordemos que también Kazantzakis habla de esa pareja sagrada dentro de su capítulo llamado "Dionisio Crucificado". Teniendo como interlocutor imaginario a Nietzsche, Kazantzakis le dirige estas poéticas palabras: "*con la fiebre de sabiduría trágica te esfuerzas ahora en hacer tu visión coherente. Apolo y Dioniso son la pareja sagrada que engendra la tragedia, Apolo sueña y contempla bajo formas apacibles la armonía y la belleza del mundo; en medio del desencadenado mar de las apariencias, atrincherado en su individualidad, permanece de pie, sereno, seguro, inmóvil, y goza de la tempestad del sueño. Su mirada sólo es luz; y hasta cuando la indignación o la tristeza se apoderan de él, no llegan ellas a turbar su divino equilibrio.*

Dionisio hace estallar la individualidad, se precipita sobre el mar de las apariencias y sigue sus terribles e inconstantes torbellinos. Hombres y fieras fraternizan, la muerte es uno de los rostros de la vida, el velo abigarrado de la ilusión se desgarran y tocamos, pecho con pecho, a la verdad. ¿Qué verdad? Nosotros sólo formamos uno; todos juntos creamos a Dios [...]"¹³. Aquí nos encontramos con elocuentes imágenes de Kazantzakis, con las que interpreta el espíritu griego de acuerdo a las enseñanzas de su maestro Nietzsche. Esto deja constancia de lo imbuido que estaba aquél en las enseñanzas del filósofo alemán, especialmente en estos temas, ya que además sabemos que Kazantzakis fue uno de los primeros que introdujo a Nietzsche en la cultura griega moderna, traduciendo El nacimiento de la tragedia, Así hablaba Zaratustra y escribiendo un poema, dedicándole algunos capítulos y una tesis sobre él.

Sin embargo, esa gestación gloriosa de impulsos apolíneos y dionisiacos, esa emanación mitológica de luces espirituales y vitales, cederá

¹² F. Nietzsche, op. cit., p. 555.

¹³ N. Kazantzakis: op. cit., p. 387.

paso a una especie de hipertrofia crítica, razonante, dialéctica, cuya mayor encarnación simbólica será la célebre figura del filósofo ateniense, *"de suerte que Sócrates podría ser considerado como el no místico específico, en el cual, por una particular superfetación, el espíritu lógico se hubiese desarrollado de una manera tan desmesurada como lo está en el místico la sabiduría instintiva"*¹⁴. Con ello vemos que Sócrates desentonaba con el espíritu trágico, sin olvidar que fue un seguidor de Apolo. Entonces, el socratismo viene a señalar el momento en que la razón hiere de muerte a la religiosidad trágica por medio de su transformación en una moral normativa, en el imperativo del "tú debes". Volvamos a Kazantzakis para ver sus interesantes paralelismos con esto: *"Pero la tragedia griega ha desaparecido bruscamente, la ha matado el análisis racional. Sócrates, con su dialéctica, mató tanto la sobriedad apolínea como la embriaguez dionisiaca; la tragedia se torna en Eurípides una pasión humana, un discurso sofístico que hace la propaganda de las nuevas ideas; pierde su substancia trágica, muere"*¹⁵. Nietzsche dejaba en claro tal parecer al escribir en su ensayo que *"en un cierto sentido, Eurípides no fue más que una máscara: la divinidad que hablaba por su boca no era Dionisos, ni Apolo, sino un ´demonio` que acababa de aparecer llamado Sócrates. Así es el nuevo antagonismo: el instinto dionisiaco y el espíritu socrático, y por él pereció la obra de arte de la tragedia griega"*¹⁶.

¿Qué había detrás de la figura socrática? La fe racionalista de Sócrates no lo dejó escapar de los límites de una naturaleza lógica, por lo cual Nietzsche reconoce en él *"el modelo de un tipo humano desconocido hasta entonces, el tipo del hombre teórico"* que cree que con el conocimiento puede corregir toda la realidad. *"Sócrates es el primer modelo del optimismo teórico, que atribuye a la fe en la posibilidad de profundizar la naturaleza de las cosas, al saber, al conocimiento, la virtud de un remedio universal y considera el error como un mal en sí. Investigar las causas y distinguir el verdadero conocimiento del aparente y del erróneo pareció al hombre socrático la vocación más noble, la única digna de la humanidad; y desde Sócrates, este mecanismo de los conceptos, juicios y deducciones fue considerado como el más alto favor, el presente más maravilloso de la Naturaleza, y estimado por encima de todas las demás facultades"*¹⁷. Las otras fuerzas instintivas, creadoras, las acciones de la sensibilidad, el delirio, la pasión, el asombro, la piedad, el heroísmo, la mística, la contemplación,

¹⁴ F. Nietzsche, op. cit. p. 543.

¹⁵ N. Kazantzakis, op. cit., p. 388.

¹⁶ F. Nietzsche, op. cit., p. 536.

¹⁷ F. Nietzsche, op. cit., p. 553.

Roberto Quiroz Pizarro, El zorbaísmo de Kazantzakis

pasaron a ser ante los ojos del socratismo parte del dominio de "la dialéctica del conocimiento". La tendencia del socratismo remeció el espíritu trágico profundamente, y así comenzó a correr peligro esa actitud trágica de mirar de frente y aceptar las disonancias y negatividades del mundo, pues ahora emergía un afán de corregir, de depositar en la razón y el conocimiento una panacea universal.

Se trataba de una tendencia antidionisiaca que en Sócrates alcanzó a su máximo exponente, incluso podría verse que el filósofo fue una víctima más, arrastrada por esa corriente ideológica. Pero también puede tratarse del choque de culturas, de las potencias de Oriente y Occidente. Nietzsche muestra la posibilidad de una salida cuando considera que hubo señales en la vida de Sócrates que le manifestaban un camino de reconciliación con el arte. El filósofo condenado, *"contaba a sus amigos, en su prisión, que se le aparecía a veces en sueños una sombra, siempre la misma, y que le repetía todos los días las mismas palabras: '¡Sócrates, ejércitate en la música!'"*¹⁸.

Nietzsche se pregunta que pasaría si súbitamente el hombre mirara en el fondo irracional de todas las cosas. Quizá eso bastaría para una conversión, la del optimismo en pesimismo. Si reacciona fuertemente y a favor de esa visión trágica, entonces se volverá un afirmativo de la vida, pues la acepta como es. Pero también ese hombre puede reaccionar débilmente, pues viendo ese fondo trágico decide apartarse de la vida, camino no sólo del cristianismo, que condena a los sentidos vitales, sino también de visiones como la budista. Se pregunta Nietzsche, *"Es el pesimismo inevitablemente un signo de decadencia [...] de instintos reprimidos [...]"; ¿Acaso existe algo que se llame pesimismo fuerte (Pesimismus der Stärke) ? ¿Una propensión del espíritu hacia lo que es duro, terrible, malo, ambiguo en la existencia, que brota de una salud pletórica, de una sensación de plenitud existencial?"*.

Kazantzakis también reconoce el peligro del sofocamiento provocado por el encierro en la razón, peligro que no sólo corren los individuos sino también los pueblos, las civilizaciones enteras. Reconociendo los esfuerzos de Nietzsche en denunciar y proclamar tal peligro, comenta lo siguiente: *"pero la embriaguez dionisiaca sobrevive y se perpetúa en los misterios y en los grandes momentos de éxtasis del hombre. ¿Podrá aún revestirse de la carne divina del arte? ¿El espíritu socrático, es decir la ciencia, tendrá siempre a Dionisos encadenado? O bien, ahora que la razón humana reconoce sus límites, ¿se asistirá a una nueva civilización cuyo símbolo será Sócrates aprendiendo, por fin, la música?"*

¹⁸ Ibidem., p. 548.

Hasta el presente el ideal de nuestra civilización era el sabio alejandrino; pero la corona empieza a vacilar en la cabeza de la ciencia; el espíritu dionisiaco se despierta cada vez más; la música alemana, de Bach a Wagner, proclama su advenimiento. Es el alba de una nueva civilización trágica"¹⁹

A través de lo que hemos señalado, del libro de Nietzsche y de los comentarios que Kazantzakis le dedica en esos capítulos, consideramos que ellos le hacen plena justicia respecto a las ideas y al espíritu que las animan. Más que una simple interpretación a secas, sospechamos que en sus visiones hay más bien una asimilación profunda de ellas. Esto nos permite aventurar como hipótesis anteriormente mencionada por Peter Bien, que los planteamientos nietzscheanos van a tener una repercusión real, o quizá mejor, considerar que Kazantzakis los tuvo en cuenta para encarnarlos en el entramado de *Zorba el Griego*.

Esta novela puede valorarse como una historia emblemática de los elementos mencionados: lo oriental, lo occidental, lo apolíneo, lo dionisiaco, choque y agotamiento, crítica a la civilización occidental, exceso de racionalidad, pretensión de alterar y resistir los hechos, pesimismo oriental, apatía, desvanecimiento vital, escapismo; pero al mismo tiempo irrumpe con una visión de colisión por medio de elementos vitales, irracionales, sensibles, de una aceptación gozosa de la realidad, de una aproximación natural con la vida.

Desde el principio del libro se patentiza un marcado contraste entre la pareja de personajes centrales, "K", el escritor, y Zorba, un aventurero. Entre ellos se produce una especie de amistad filosófica, que funcionará como pauta conductual.

Al comienzo del argumento se retrata a un intelectual que se dejó obnubilar por un tráfago de libros²⁰, e incluso, da a entender que emprende el viaje bajo un estado de mal que lo atormenta. No es un mal biológico, sino más bien se trata de una enfermedad de naturaleza mental, espiritual. Ese personaje llamado "K", intelectual, escritor, es una decantación moderna del hombre socrático según los parámetros de Nietzsche. Producto del occidente teórico decide acercarse a Creta, un reducto más cercano al oriente, y antes de partir señala: "*Lié mis bártulos muy conmovido, como si el viaje que iba a emprender tuviera algún significado oculto. Tenía decidido cambiar mi vida*"²¹.

¹⁹ N. Kazantzakis, *Carta al Greco*, p. 388.

²⁰ N. Kazantzakis, *Zorba el Griego*, p. 316.

²¹ *Ibidem.*, p. 317.

Roberto Quiroz Pizarro, El zorbaísmo de Kazantzakis

Asimismo, el personaje que hace de escritor en la historia, revela otro elemento simbólico, pues señala que elabora un texto: "*Desde hacía dos años, en las profundidades de mi ser palpitaba un intenso deseo, maduraba una simiente: Buda. Sentíalo a toda hora en mis entrañas, devorador en su germinación. Crecía, moríase, comenzaba a dar golpes [...] Ya no tenía el valor necesario para suprimirlo. Ya no podía. Era demasiado tarde para proceder a semejante aborto espiritual*"²². Este cuadro de contrastes entre el escritor con sus tendencias propias más la aparición de un segundo personaje emblemático, Zorba, componen la puesta en escena del drama entre las respectivas cosmovisiones. De acuerdo a la crítica nietzscheica, la figura del escritor "K" representaría la tendencia del tipo socrático que se combina con el estado búdico, y ambas vienen a ser expresiones del pesimismo débil, impotente, negador de la realidad. Los une la no aceptación del mundo tal cual es, el rechazo del sin sentido de las cosas: el optimista teórico pretende indagar en la naturaleza y corregirla; el budista quiere escapar de la realidad, no la soporta. Ante cualquiera de los dos modos, la fantasmagoría del mundo resulta ser incómoda, insustancial en sus fenómenos. "K" siendo un intelectual poseído por Buda no es un hombre libre, espontáneo, vital, afirmativo de su individualidad. Su tendencia racional recibirá la primera estocada cuando Zorba le rebate su obsesionante búsqueda de razones: "*¡Por qué! ¡Por qué! --dijo-- ¿Acaso no puede el hombre, en fin de cuentas, hacer algo sin porqué? ¿Sólo por gusto?*"²³. Esta es la contralógica de Zorba quien no lleva una balanza mental para sopesar las cosas, los actos, gramo por gramo.

"K" como hombre formado en el occidentalismo intelectual está lleno de razones; Zorba, en cambio, entiende que la libertad es llenarse de pasiones, actuar terrenalmente por gusto, algo que por lo demás nos recuerda la fidelidad a la tierra de Nietzsche. Asimismo la conducta del personaje "K" oscilará en su doble pesimismo, pues es un intelectual que pasa por una sequía creativa y a la vez lleva tiempo sin terminar un trabajo basado en el espíritu de oriente. A medida que va escribiendo sobre su obra Buda, queda al descubierto su otro pesimismo, resultado de esa voluntad de anulación oriental: "*¿Cuándo, pues, me retiraré al fin a la soledad, solo, sin compañeros, sin alegrías ni tristezas, acompañado solamente de la santa certidumbre de que todo no es más que sueño? ¿Cuándo, con mis andrajos, sin deseos, me retiraré feliz a la montaña? ¿Cuándo, viendo mi cuerpo reducido sólo a enfermedad y crimen, vejez y muerte, libre, sin temor, lleno*

²² Ibidem., p. 317.

²³ Ibidem., p. 319.

de regocijo me retiraré a la selva? ¿Cuándo? ¿Cuándo? ¿Cuándo?"²⁴. En el optimismo socrático se habla principalmente de liberación en el sentido del error; de la ignorancia, de la imperfección de las realidades; en el oriental, más bien de la liberación del deseo, liberarse de la apetencia terrenal. Ambos caminos se estrellan contra la realidad contradictoria.

Hasta el momento la historia ha dejado en claro diversas modalidades de vida: el hombre intelectual, el asceta budista, y el hombre vitalista e ilógico de Zorba. Cada uno de ellos cree en diversos aspectos; unos confían en la razón, otros en la renuncia a la individualidad. Y Zorba evidentemente sin ser un hombre de letras ni de inacción, ¿en qué puede creer? Cree en la afirmación del individuo, en la positividad terrena de las cosas humanas. "--*No, no creo en nada ¿cuántas veces he de decírtelo? No creo en nada ni en nadie; solamente en Zorba. Y no porque Zorba sea mejor que los demás. ¡De ningún modo! Es una bestia también. Pero creo en Zorba, porque es el único que tengo en mi poder, el único que conozco. Todos los demás son fantasmas. Yo veo con los ojos de Zorba, escucho con sus oídos [...]*"²⁵. Por otro lado, Zorba creen también en un aquí y un ahora. En la trama de la historia, vemos que el espíritu dionisiaco de este personaje, no tiene tiempo de enredarse en las oposiciones metafísicas, en los dualismos interminables. Esto no resta que por momentos aflore en Zorba un espíritu filosófico que le deje nudos en la garganta cuando la dura realidad golpea sus vidas, caso del asesinato de una mujer joven y del fallecimiento agónico y desesperado de otra mujer mayor. Vida y muerte son parte de esa geografía vital que dejan al hombre sin voz y sin fuerza cuando procura reconciliarlas. Las soluciones al dualismo cuerpo-alma, no le convencían a Kazantzakis. Con Zorba ha ensayado una nueva vía, su propio camino. Muy influido por Nietzsche, ha dejado atrás las distintas respuestas de la tradición: no seguirá al socratismo ni al cristianismo ni al budismo. Kazantzakis es de la idea de que hay que "*reconciliar estas fuerzas antagónicas*", avanzar más allá de la metafísica platónica, en fin, se debe recuperar esa unidad originaria de lo apolíneo-dionisiaco.

De una u otra manera, Zorba haga lo que haga siempre parece ser él mismo, lleno de vida, disfrutando de cada rito cotidiano, y dan ganas de verlo como la unión del hombre y del macho cabrío. Es esa encarnación disonante, esa visión trágica y contradictoria de la vida. "K" dice que nunca había visto una correspondencia tan plena entre un hombre --Zorba--, y el universo. Así lo expresa, "*miraba a Zorba al fulgor de la luna y me maravillaba la fe en sí*

²⁴ Ibidem., p. 341.

²⁵ Ibidem., p. 383.

Roberto Quiroz Pizarro, *El zorbaísmo de Kazantzakis*

mismo, la sencillez con que se acomodaba al mundo viviente; cómo su alma y su cuerpo formaban un todo armonioso; y cómo toda cosa, mujeres, pan, agua, carne, sueño, se confundían alegremente con su carne y se convertían en Zorba. Nunca jamás había presenciado tan amistoso entendimiento entre un hombre y el universo"²⁶. Es como si Zorba, el hombre dionisiaco, lo hiciera todo poseído por una locura, o por instinto, casi sin posibilidad de fallar, pero en realidad es más simple de lo que se cree, no es algo teórico ni de privación, pues sencillamente lo dice así, "hago lo que me gusta", y esa es su norma de vida. El mismo Zorba le pregunta a su intelectual compañero de esta manera: "--¿Confías en mí, patrón? [...] --Sí, Zorba. *Hagas lo que hagas, no puedes equivocarte. Aunque lo quisieras, no podrías. Eres, digamos, como un león o como un lobo. Estas fieras no proceden jamás como carneros o asnos, no se apartan nunca de los carriles en que los puso su natural compleción. Igualmente tú: eres Zorba desde los pies hasta el extremo de las uñas*"²⁷.

Zorba viene a ser como el cumplimiento --o un serio intento-- de los mandamientos zaratústricos. Una de las maneras plenas de vivir "el sentido de la tierra", nos lo enseña este personaje, es el goce de vivir. Este goce de vivir lo percibe Zorba como una experiencia total, a veces paradójicamente desesperada, instintiva. Vive arrebatado de éxtasis, alegrías en cada faceta de lo humano. Kazantzakis ha plasmado en este personaje una gran parte del sincretismo dionisiaco, entendido como una forma festiva de existir: la sensorialidad, la alegría desbordante, la palabra amiga, el canto, la música, la danza, el vino. Esta pasión de vivir nace en Zorba acompañada de una paradójica contraparte: la muerte. Dice Zorbas, "cuando yo muera, todo morirá". Singular aceptación de la muerte hace presuponer una tanto más positiva aceptación de la vida, la cual entonces sin ser negada emerge de alegría rebosante, de pasión dionisiaca. Repetidas veces en la historia, ese apego instintivo de Zorba hacia la vida, lo transfigura en un hombre poseído de locura, generosa y desesperada hambre de emociones. En la trama de la novela, Kazantzakis ha hecho ver que vida, muerte y pasión, son las coordenadas esenciales de la existencia humana. Junto a esto, un prototipo ha sabido superar el modelo socrático y el de la ataraxia búdica. Aparece un nuevo tipo afirmativo de la existencia, dionisiaco, sin ser fantasmagórico; "*solar, sin ser apolíneo, no-creyente, sin ser ateo, sensual, sin ser irracional*"²⁸.

²⁶ Ibidem., p. 493.

²⁷ Ibidem., p. 404-05.

²⁸ Y. Zaharia, "Le premier homme de Kazantzaki et le premier homme de Camus", *Écrits sur Nikos Kazantzaki*, Presses Universitaires de Cluj, Roumaine, 1999, p. 68.

Existe una interesante carta en donde Kazantzakis declara el milagro que habitaba en Zorba. Señala que *"Zorba, sólo él, detenta la verdad; si él se vende a Dios pierde su cuerpo; si se vende al diablo, pierde su alma. No se vende a nadie y permanece intacto. Por mi parte, mientras más avanzo en edad, más comprendo y acepto el zorbaísmo"*²⁹. Kazantzakis con tales palabras se refiere tanto al Zorba real como también al personaje que recibe su inspiración en aquel. Por una extraordinaria sincronicidad, el escritor cretense había tenido la fortuna de conocer a un hombre que de manera inexplicable encarnaba aquello que Nietzsche denominaba "lo dionisiaco", y la novela en cuestión no es sino el vivo testimonio y reconocimiento para un hombre que había dejado una impresión muy grande en Kazantzakis. En una serie de preguntas, en el último año de su vida, le consultan a Kazantzakis por su predilección hacia el analfabeto y salvaje personaje. Nuevamente declara su simpatía y deuda espiritual: *"Zorba fue para mí lo que los hindúes llaman un gurú, un guía espiritual; más que espiritual, un guía de vida. Lo conocí personalmente; viví con él días inolvidables; vi en él, por primera vez en mi vida, un hombre integral, un hombre libre. Riendo, Zorba rompía los límites que le han sido impuesto a los hombres normales y conformistas. No podía respirar, se ahogaba en las viejas concepciones de la vida, de la moral, de la justicia, del amor. Las palabras no podían expresarlo. Entonces él se ponía a bailar. Sólo el baile lo podía expresar fielmente"*³⁰.

Apreciando las palabras de Kazantzakis pensaríamos que dentro del zorbaísmo estaría ese "sentido de la tierra" esgrimido por la religión dionisiaca de Zaratustra, manifiesta en la personalidad telúrica, vital, celebrante, instintiva de Zorba. La fuerza demonológica de este personaje lo conduce a vivir infusamente dentro de las raíces de la tierra, en contacto sensorial con la naturaleza. Kazantzakis ha creado un escenario propicio para ver a Zorba actuar, como un topo o una serpiente, en contacto directo con la tierra. La novela nos narra que su capataz trabajaba en la mina, bajo tierra. Este proceder no es accidental, representa un actuar en las entrañas profundas de la naturaleza, en donde Zorbas se apropia de ella por el esfuerzo. Así lo expresa Kazantzakis, *"lucha cuerpo a cuerpo con toda la montaña para apoderarse del carbón por la astucia, por la violencia"*. La unidad de Zorba con la naturaleza queda puesta de relieve cuando el patrón dice del trabajo, la tierra, la picota, el carbón, que *"ellos no formaban sino una sola cosa"*. Esta unicidad entre hombre y tierra, se manifestará vivamente en ese incidente en

²⁹ "Banine et Kazantzakis", en *Le regard crétois*, n° 11, p. 45-46.

³⁰ L. A. Zbinden, "Six question à Nikos Kazantzakis", *Le regard crétois*, n° 23, 2001, p. 9.

Roberto Quiroz Pizarro, El zorbaísmo de Kazantzakis

que Zorba les avisa a todos --compañeros de faena y a su patrón--, que corran fuera del yacimiento, pues en ese momento sucede un derrumbe de túneles. El episodio es una clara señal de hasta que punto Zorba entiende las entrañas de la madre tierra, pues todos sus sentidos están conectados a la realidad. El hombre dionisiaco entiende de esa sabiduría vital, negada por el socratismo especulativo, desconocida por el ascetismo oriental. El Zorba de Kazantzakis es una apuesta por recuperar "el sentido de la tierra": "*La pertenencia a la tierra constituye en Kazantzakis un rasgo distintivo de una riqueza infinita: ella permite descubrir las verdaderas riquezas del mundo y en eso está una de las características del ser dionisiaco*"³¹.

En estrecha conexión con "el sentido de la tierra" está la afirmación del cuerpo, los sentidos, las necesidades vitales, los deseos y nadie mejor que Zorba para dar libre curso a su naturaleza vividora, a sus pasiones. En contacto con Zorba, el personaje y narrador "K", el tipo occidental, recuperará el sentido terrenal, la fiesta dionisiaca de la existencia, el sentido de todos los goces de la carne y del espíritu. El elemento dionisiaco de Zorba irrumpe sin trabas en su personalidad. Como Dionisos, también Zorba es un portador del goce. La dicha, la alegría, el arrebató del contentamiento, existen en conformidad al tipo de hombre. Zorba expresa que "*existen tantas felicidades cuantas tallas de hombres*", y a continuación declara que "*yo he cortado la felicidad a mi talla*". El ditirrambo viviente de Zorba expresa su dicha con la música, la danza y la embriaguez del vino. Cuando bebe todo cambia: encuentra más bellas a las mujeres, más inocentes a los hombres. Se siente más joven gracias a estos brebajes dionisiacos. Esa embriaguez le da la sensación de fusión totalizante con la vida, con la tierra. Más allá de todo, la embriaguez le da la sensación --real o imaginaria--, de ser uno con el cosmos, de traspasar sin dolor el velo de maya. La locura, la pasión, la inocencia de Zorba en la historia, marca también su cercanía espiritual con el pensamiento nietzscheico. Kazantzakis "*opone en Alexis Zorba los dos instintos de la Grecia antigua, el apolíneo y el dionisiaco, encarnados por el narrador y Zorba. Según sus propias palabras, al principio, esos dos instintos cohabitaban en él; pero un día, él eligió el 'camino ascendente', el que lleva a lo espiritual. Sin embargo, en un momento de su vida sufrió la tentación de un retorno a la tierra, gracias al encuentro con Zorba, que realmente existió [...]*"³².

³¹ Y. Slim-Hoteit, "Le dionysiaque dans *Que una joie demeure* de Jean Gioni et Alexis Zorba de Nikos Kazantzaki", *Le regard crétois*, n° 24, 2001, p. 28.

³² Y. Slim-Hoteit, "Le dionysiaque dans *Que una joie demeure* de Jean Gioni et Alexis Zorba de Nikos Kazantzaki", *Le regard crétois*, n° 24, 2001, p. 31.

En variadas ocasiones "K" irá viviendo una experiencia mayerútica dirigida por Zorba, y dirá palabras que preludian cambios en su marcha de intelectual. En cierto momento habla de la doble tarea que le esperaba en esas costas: *"liberarme de Buda, apartar juntamente con las palabras todas mis preocupaciones metafísicas y dejar a salvo el alma de una vana angustia"*³³. La mistagogía que va recibiendo de su maestro Zorba, en diálogos, en las experiencias cotidianas que comparten, lo llevan a reconocer una agudeza sin igual en su amigo: *"Este hombre (pensé) no ha ido a ninguna escuela y su cerebro no se le ha dañado. Ha visto las más diversas cosas, la inteligencia se le ha despejado, el corazón se le ha ensanchado, sin que perdiera la audacia original. Cualquier problema complicado, que para nosotros es insoluble, él lo resuelve cortando el nudo [...]"*³⁴. A medida que avanza la historia, "K" lentamente irá rompiendo el doble cascarón del pesimismo débil, y no deja de reconocerle a Zorba el papel que le cabe en su cambio de perspectiva. Señala al respecto, --"¡Bendito sea Zorba! --murmuré. Él les dio un cuerpo bien amado y cálido a las nociones abstractas que tiritaban en mí"³⁵. Y por otro lado dice, *"el exorcismo contra Buda corría sin obstáculos en el papel; mi lucha contra él se había sosegado, ya no tenía prisa, la redención era segura"*³⁶. En consonancia con esto, el escritor "K" ilustra que toda su educación ha estado en manos del modelo teórico, la gran trampa socrática: *"De niño, estuve a punto de caer en el pozo. Ya crecido, estuve a punto de caer en la palabra eternidad, y también en no pocas palabras distintas: amor, esperanza... Salvada cada una de ellas, pensaba haberme librado de un peligro y haber dado un paso hacia delante. No era así. Sólo cambiaba de palabra, y a eso lo llamaba yo liberación. Ahora, heme, desde hace dos años enteros, suspendido en mi brocal del pozo 'Buda'`.*

*Mas, cierto estoy, ¡y gracias le sean dadas a Zorba!, de que 'Buda' ha de ser el último pozo, la última palabra-precipicio, de la que me veré a salvo muy pronto y para siempre"*³⁷.

De entre la cantidad de amenas conversaciones y puntos de vista de los dos amigos, hay una de ellas que sirve como paradigma del relieve y de la disparidad de espíritu con que vive Zorba. En una oportunidad "K" le rebate burlescamente una de sus opiniones, pero la respuesta que escucha de Zorba, como es habitual, es de tal calibre que deja su intelecto en medio de

³³ N. Kazantzakis, *Zorba el Griego*, p. 385.

³⁴ *Ibidem.*, p. 395.

³⁵ *Ibidem.*, p. 524.

³⁶ *Ibidem.*, p. 525.

³⁷ *Ibidem.*, p. 552.

Roberto Quiroz Pizarro, *El zorbaismo de Kazantzakis*

perplejidades. "K", como hijo de la razón, le insinúa que siga el camino de la dialéctica, proponiéndole que haga como un occidental y que de una vez escriba sobre los misterios del mundo y Zorba le responde así: "--¿Por qué? Pues por la razón de que yo vivo esos misterios que tú dices, y no me queda tiempo para otra cosa. A veces es la guerra, a veces la mujer, a veces el santuri [...] Todo el que vive los misterios, ya lo ves, no tiene tiempo para escribirlos; los que los escriben, no tienen tiempo para vivirlos. ¿Comprendes?"³⁸. En estas palabras vemos que junto con llevar un tono de ironía explícita, también expresan una crítica de fondo al racionalismo y a toda tendencia como la oriental que trata de poner entre paréntesis la vivencia misma. En una palabra, la postura de Zorba está más allá de la logicidad occidental, más allá del desapego budista que niega el mundo. Su fórmula es la de vivir intensamente, no siguiendo una teoría sino la propia embriaguez vital.

Kazantzakis conoció manifiestamente a un hombre que siendo como cualquiera de los mortales, era a la vez extraordinario. En la novela ha querido que Zorba, ese gran amigo suyo, sea un mito trágico viviente: oriente y occidente, Apolo y Dioniso, llegan a ser uno en él. Posiblemente así le hacía justicia. El tipo intelectual de la novela representa el sin sentido de la cultura occidental, una enfermedad del espíritu, en cambio, *"el mensaje de Alexis Zorba para nuestra época sería también muy griego y a la vez muy nietzscheano: abraza a Dioniso y aprende a bailar; deja la ilusión del optimismo, sea el del falso capitalismo occidental, sea el de la soteriología de la religión cristiana, sea el de los sueños románticos del arte no trágico; deja también la renuncia budista, acepta la vida como una sabiduría dionisiaca que nos enseña qué es en realidad la vida y rescata esta triste gnosis con la herramienta del arte apolíneo, triunfando de esta forma sobre el dolor con su aceptación"*³⁹. El Zorba de Kazantzakis en verdad refleja fielmente la voz de Nietzsche sobre el mundo trágico de los griegos. Kazantzakis aludiendo a un pasaje de *El nacimiento de tragedia*⁴⁰, escribe: *"Sí, amigos míos, creed como yo creo en la vida dionisiaca y en el renacimiento de la tragedia dionisiaca. La época de Sócrates ha concluido. ¡Empuñad el tirso, coronaos de hiedra,*

³⁸ Ibidem., p. 606.

³⁹ Bien, P.: op. cit., p. 80.

⁴⁰ La versión de Nietzsche ofrece variaciones: *"Sí, amigos míos, creed conmigo en la vida dionisiaca y en el renacimiento de la tragedia. El tiempo del hombre socrático ha pasado. Con el tirso en la mano, coronaos de hiedra, y no os asombréis si el tigre y la pantera vienen a echarse afectuosos y rendidos a vuestros pies. Atraveos a ser hombres trágicos, pues merecéis la libertad. ¡Debéis conducir el carro dionisiaco de la India a Grecia! ¡Preparaos para rudos combates, pero creed en los milagros de vuestro dios!"*. op. cit. p. 582.

tened el valor de llegar a ser hombres trágicos, preparaos a grandes luchas y tened fe en vuestro dios Dioniso!"⁴¹.

Zorba se nos confunde con un demonio trágico; todo en él, su sabiduría, alegría, soledad, espíritu libre y aventurero, parece estar penetrado de esa virtud dionisiaca. No es un intelectual, vive en un estado de pasión, furor interno, todo lo hace apasionadamente: bailar, trabajar manualmente, aventurarse en algo, enfrentar el peligro, dar su amistad, abrazar a una mujer. Será que está próximo a la inocencia zaratútrica. Expresa sus emociones sin culpa ni mala conciencia, no teme mostrarse emocionado, llorar, reír, odiar, amar. Está lejos de Buda, que *"ni ama ni odia con pasión"*. Kazantzakis recrea en Zorba --eco del superhombre-- el ritmo interior de un santo pagano más allá del bien y del mal, más allá del resentimiento. El cariz dionisiaco de este personaje queda plenamente reflejado si pensamos en Sócrates. Sabemos que el filósofo ateniense decía estar poseído por un demonio, y lo característico era que esa voz lo conminaba negativamente: ¡Detente! ¡No hagas eso! Zorba también obedece un mandato, pero de otra naturaleza. Acaba de probar alimentos y dice: *"--El pecho recobró la calma[...] ¿por qué no te ríes? ¿Por qué me miras de ese modo? Yo soy así. Existe en mí un demonio que grita, y yo hago lo que me manda. Cada vez que me encuentro apunto de ahogarme, ordena: ¡Baila!, y yo bailo. ¡Y me siento aliviado!"*⁴². No sigue la ruta de la individualidad apolínea sino que más bien va tras la unidad dionisiaca; a él no le sirve el sentido común sino la locura; camina a distancia de la pasividad budista pues busca la libertad zaratútrica. El espíritu budista parece estar ausente de todo; el cristiano parece resignado con el destino. Sin embargo, para Zorba todo es un actuar en miras del amor fati, de la afirmación creciente y creativa de sí mismo. Un punto destacado lo señala Bien, recordando que *"el apasionado, irracional Zorba, piensa sólo en relación al momento presente; actúa con su instinto, no porque sea un salvaje indomado, sino porque posee aquello que Nietzsche caracteriza como 'pura pletoricidad, salud y fuerza temeraria'. Ni es manía instintiva, ni 'síntoma de marasmo, sobremaduración, desorden'. Contrariamente, las irreflexivas exageraciones de Zorba tienen el objetivo de reanimar la sentencia de Nietzsche que 'en todos los hombres verdaderamente creadores, el instinto es una potente fuerza afirmativa, y la lógica, aquella que disuade y juzga'"*⁴³. En efecto, Zorba le dice de vez en cuando a 'K', "cada cosa a su tiempo", "nada de cosas a medias". Y cuando "K" le reprocha no recordar a un ser muy querido para

⁴¹ N. Kazantzakis, *Carta al Greco*, p. 388.

⁴² N. Kazantzakis, *Zorba el Griego*, p. 409.

⁴³ Bien, P. op. cit. p. 81.

Roberto Quiroz Pizarro, El zorbaísmo de Kazantzakis

ambos, recientemente fallecido, Zorba le declara: "--; *Nueva ruta, proyectos nuevos! He dejado de acordarme de lo que ayer ocurrió y de preguntarme qué ocurrirá mañana. Lo que ocurre hoy, en el mismo presente, es lo que me interesa. Yo digo: ¿Qué haces, Zorba, en este momento? Duermo. ¡Pues entonces, duérmete bien! ¿Qué haces en este momento Zorba? Trabajo. ¡Pues entonces, trabaja bien!*"⁴⁴. No es un *carpe diem* de lo pragmático, de aprovechar el tiempo como un *homo faber*, sino de vivir con intensidad cada momento. En otra conversación Zorba le dice a su amigo intelectual que posee muchos demonios internos, lo que viene a querer decir mucha abundancia de vida, mucha riqueza, un quiebre de la estrecha individualidad racional: "*Hasta la hora presente yo he dejado a mis demonios en libertad de obrar como se les antojara, de encaminarse hacia donde quisieran, y por eso algunos me tachan de deshonesto, unos me creen muy honrado, otros me dicen loco, y los de más allá me creen tan sabio como Salomón. Y yo soy todo eso y muchas cosas más todavía, una verdadera ensalada rusa*"⁴⁵. No se crea que Zorbas se veía muy diferente de su amigo intelectual: "*Pues tú eres como yo, aunque no lo sabes. Tú llevas también un demonio en ti; pero no sabes cómo se llama y no sabiéndolo te asfixias. ¡Bautízalo, patrón, para que te alivies!*"⁴⁶.

Otro episodio paradigmático de la antilógica zorbiana, se aprecia en una extravagante carta que le envía a su amigo intelectual: "*Considerando que no he firmado contrato alguno con la vida, aflojo el freno cuando me veo en pendiente peligrosa. La vida del hombre es una ruta que va a ratos cuesta arriba y a ratos cuesta abajo. La gente sensata avanza por ella con frenos. Pero yo, y en esto radica mi mérito, hace mucho tiempo que me desprendí de todo freno, porque no me inspiran miedo las carambolas. A los descarrilamientos, nosotros, los obreros, los llamamos carambolas [...] De noche y de día, acometo sin temor [...]*". Zorbas le explica que es un hombre libre, que vive a plenitud sin temores de ningún tipo, que no le pone cortapisas a su ansia de experimentar por sí mismo el banquete de la vida, y finalmente le revela su gran secreto, pues le dice que "*cada hombre tiene su locura, pero la mayor locura de todas, a mi parecer, es no tener ninguna*"⁴⁷. Con estas palabras Zorbas ha dejado claro que ni por la senda del occidente socrático ni por la del oriente budístico, puede el hombre libre realmente y entrar en profunda armonía con la naturaleza. La imagen de soltar el freno y la

⁴⁴ N. Kazantzakis, *Zorba el Griego*, p. 680.

⁴⁵ *Ibidem.*, p. 686.

⁴⁶ *Ibidem.*, p. 513.

⁴⁷ *Ibidem.*, p. 514.

mencion de la locura, hacen eco de la sabiduría dionisiaca que eleva al individuo hacia una comprensión más allá de su individualidad. Estas palabras de Zorba para su amigo, hijo del racionalismo, son un elocuente vuelco de mentalidad. Al expresar "K" que tiene entera libertad de sus actos, Zorba exclama: "*--No, patrón, no la tienes. La cuerda que te sujeta es un tanto más larga que la de los demás. No hay otra cosa. Tu cuerda, patrón, es larga; vas y vienes, crees que libremente; pero no cortas la cuerda*". "K" le responde que algún día lo hará, pero Zorba lo duda: "*--Difícil es, patrón, muy difícil. Para ello es menester una pizca de locura, de locura. ¿oyes? ¡Y arriesgarlo el todo por el todo!*". Ya Zorba le había declarado que la vida había que vivirla locamente, sin frenos, con alas de libertad creativa. Aquí prosigue con sus exhortaciones: "*En cambio, tú tienes muy sano el cerebro y él podrá más que tú. El cerebro es un buen tendero que lleva correcto registro de entradas, de beneficios logrados y de pérdidas [...] Pero dime: si no cortas la cuerda, ¿qué sabor tiene la vida?*". Y finalmente el mistagogo de Zorbas le dice: "*--¡Tú entiendes! [...] ¡Tú entiendes y por eso no hallarás nunca paz! Si no entendieras, serías dichoso. ¿Qué te falta? [...] ¡Nada te falta, rayos! A no ser una cosilla única: un grano de locura. Y cuando eso falta, patrón...*"⁴⁸.

El intelectual "K" se emociona hasta las lágrimas, pues siente totalmente suyas aquellas palabras de su ignorante amigo. Señala "*Por poco me echo a llorar, pues cuanto decía Zorba era exacto*". Estos incidentes le van impregnando las entrañas de una sabiduría dionisiaca, de una conciencia trágica cada vez más distante del optimismo socrático o del nirvana búdico. En efecto, como lo señala Bien, "*aquí no se trata solamente sobre el instinto en contraposición a la lógica, de la pasión en contraposición a la ataraxia, aunque tales choques son importantes. Existe una más importante y añadida dimensión en la agonía de "K", porque comprende que Zorba en su locura llegó al conocimiento verdadero del absurdo contradictorio núcleo de las cosas. Zorba lo sabe 'superando la corteza de la vida --la lógica, la ética, el honor--, llega a la esencia'*"⁴⁹. Así lo expresa luego de leer una carta que le ha escrito Zorba: "*[...] No sabía si enojarme, reírme o admirar a este hombre primitivo que, rompiendo la corteza de la vida --lógica, moral, honradez--, absorbe la substancia. Todas las virtudes mínimas, tan útiles, le faltan. No le ha quedado sino una virtud incómoda, difícil y peligrosa, que lo impele irresistiblemente hacia el límite extremo, hacia el abismo*"⁵⁰.

⁴⁸ Ibidem., p. 716-17.

⁴⁹ Bien. P. op. cit. p. 81.

⁵⁰ N. Kazantzakis, *Zorba el Griego*, p. 520.

Roberto Quiroz Pizarro, El zorbaísmo de Kazantzakis

Dentro de la eterna confrontación entre oriente y occidente, paganismo y cristianismo, Apolo y Dionisos, Sócrates y Zorba, nuestro personaje "K" va metamorfoseando su espíritu alicaído. Ha visto que por la vía socrática o búdica la individualidad o bien se encorseta teóricamente, o bien se homogeniza en el nirvana. Con Zorba, en cambio, su espíritu parece llevado a un heroísmo trágico y afirmador de la vida. En un momento, "K" lee algo de poesía moderna, y acaba por soltar el libro y dice: *"todo cuanto leía aparecíase me, por vez primera en aquella mañana, exangüe, desprovisto de olor, de sabor y de substancia humana. Palabras [...] vacías, suspensas en el aire. Agua destilada, perfectamente pura, sin microbios, pero carente de substancias nutricias. Sin vida"*⁵¹. Descubre que la razón actúa por categorías abstractas, que sigue un camino que narcotiza el frenesí de lo vital. "K" siendo un espíritu cultivado, ejercitado en el uso de la razón, también cae en la inacción de lo oriental. En cierto episodio se recrimina a sí mismo: *"Sólo yo era impotente y razonable; no hervía en mí la sangre; no sabía amar ni odiar con intenso apasionamiento. Todavía deseaba arreglar las cosas cargándolo todo, cobardemente, a cuenta del destino"*⁵². A su vez, para la lógica occidental, para el intelectual "K", Zorba aparece como un monstruo, un monstruo de locura. De ese modo, Zorba parece ir un paso más adelante que su cultivado compañero, y penetrar en las honduras de la vida.

Zorba está imbuido de ese halo dionisiaco que le hace vivir a otro ritmo, en contacto con la vida. ¿Qué lo hace posible? La respuesta que nos da Kazantzakis es la locura, lo contrario de la lógica, del optimismo teórico y del socratismo occidental. La lógica procede analíticamente, es fragmentadora, desarrolla esquematismos, especulaciones, categorías y detesta las contradicciones. El personaje "K", que representa esta visión; se halla presionado por su conocimiento: *"Trazaba límites, establecía separación entre lo posible y lo imposible; entre lo humano y lo divino; sujetaba con fuerza mi cometa para que no se me fuera"*⁵³. Así como el oriental separa la realidad en fenómeno y esencia nirvánica, del mismo proceder es el teórico que la segmenta en verdadero y falso, y en ambos casos, se está sujeto a una dicotomización sin fin, a un rechazo de la realidad, a una obsesión por manipular las capas de la realidad. En cambio, Zorba acepta las contradicciones de la vida, y él mismo actúa de maneras contradictorias. Más aún, se podría afirmar que Zorba es una encarnación viviente de las contradicciones, y que precisamente por ello, es un auténtico hombre en

⁵¹ Ibidem., p. 498.

⁵² Ibidem., p. 535.

⁵³ Ibidem., p. 717.

contacto con el núcleo contradictorio y dionisiaco del mundo anunciado por Nietzsche en su interpretación de la Grecia clásica. Kazantzakis retrata a Zorba como un hombre no dividido, sin demonios del tipo socrático, pues lo hemos visto actuar sin separar lo fuerte de lo débil, lo humano de lo divino, lo humano de lo bestial-terrenal. Sabe Zorba que el hombre es una "gran bestia" y un "gran dios", eso que Nietzsche llamaba una disonancia encarnada, "--¿y qué es el hombre sino esa disonancia hecha carne?--"⁵⁴, "la unión de dios y del macho cabrío como se expresa en la forma del sátiro". Zorba es tal especie de hombre, una mezcla de bestia y de dios. Kazantzakis nos lo describe en sus amplios contrastes: "Un corazón viviente, una boca ancha y glotona, una gran alma en bruto todavía unida por el cordón umbilical a la madre la Tierra"⁵⁵. De manera tal que en Zorba todo se manifiesta, desde lo más profano hasta lo sagrado, desde el arrebato instintivo por defender a una mujer hasta la ternura de los sentimientos. Posee un espíritu pagano sin temores ni culpas religiosas, y por ello, libre, sin venganzas, contradictorio, como una disonancia musical. Un hombre de estirpe socrática seguramente vería en estas imágenes que describen al santo patrono de Zorba, una exorbitancia antropocéntrica, una franca irracionalidad; un creyente, una herejía condenable. A tal punto vive en una visión unitaria de las cosas, --elementos terrenos con otros divinos--, que en un momento Zorba imagina a dios sin mayores variaciones que consigo mismo. Le concede que sea más alto, más fuerte, más loco e inmortal. En lo demás son iguales. "Pues, ¿quién te dice que no me parezco yo más a Dios que el pope Stéfano, cuyo único afán es pasarse los días y las noches en genuflexiones y apañando dinero? Dios se regala, mata, comete injusticias, trabaja, ama, emprende cosas imposibles, lo mismo que yo. Come lo que le agrada, se lleva a las mujeres que quiere"⁵⁶. Las palabras de Zorba, en todo caso, se reconcilian más con el pensar filosófico de Nietzsche que con cualquier teología oficial, para describir a un ser divino, o "[...] de un "dios", si se prefiere, pero seguramente de un dios puramente artista, absolutamente desprovisto de escrúpulos morales, para quien la creación o la destrucción, el bien o el mal, no son más que manifestaciones de su arbitrio indiferente y de su poder omnipotente; que se saca de encima, al crear los mundos, el tormento de su plenitud y de su "plétora"; que se emancipa del sufrimiento de las contradicciones acumuladas en sí mismo"⁵⁷.

⁵⁴ F. Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*, p. 604.

⁵⁵ N. Kazantzakis, *Zorba el Griego*, p. 247.

⁵⁶ *Ibidem.*, p. 629.

⁵⁷ F. Nietzsche, *op.cit.*, p. 474.

Roberto Quiroz Pizarro, El zorbaísmo de Kazantzakis

Un aspecto de marcado contraste entre "K" y Zorba, es aquél que se produce entre el entramado intelectual de un occidental o la abulia orientalista, y el elemento festivo y danzante de Zorba. Desde el comienzo esto aparece, basta recordar que "K" lleva consigo libros, en cambio Zorba tiene sólo una pertenencia, su instrumento, el santuri. Anteriormente se dijo que la pedagogía de Zorba llega a su culminación en la escena posterior al desastre, cuando festejan y por fin bailan en un arrebatado dionisiaco, hablando el lenguaje de los dioses o demonios. En repetidas ocasiones, Zorba toca su santuri y luego se entrega a los movimientos, a los gestos del cuerpo. Con ello Kazantzakis hace funcionar la música, el baile, la danza, filosóficamente. En efecto, para Nietzsche el espíritu de la música es la expresión inmediata del Uno que se escabulle de la individualidad. La música representa "*el ser verdadero allí en donde todas las otras cosas son fenómenos*". La vida de Zorba no está lejos de ser un ditirambo cantado y bailado para honrar a su dios Dionisio, no para rendirle tributo al fetiche de la razón o del desapego. Sabemos que Zorba si ha de reconocer algún dios o demonio no será otro que el del baile, como lo ha dicho. Cuenta Zorba que en una taberna, estuvieron comunicándose con un desconocido ruso sin palabras, sólo con movimientos y expresividad. "*Luego me tocó a mí el turno [...]. De un salto [...] me ponía a bailar. ¡Ah, viejo! ¡Hasta qué extremo han decaído los hombres, puah!, ¡que mal rayo los parta! Han dejado que se les enmudezca el cuerpo y sólo saben hablar con la boca. ¿Y qué quieres que diga la boca? ¿Qué puede decir? Si lo hubieras visto tú, ¡cómo me escuchaba el ruso de la cabeza a los pies, y cómo lo comprendía todo! Yo le iba refiriendo, con el baile, mis desdichas, mis viajes [...]*"

¿Te ríes? ¿No crees lo que te cuento, patrón? [...] ¿Qué fábulas nos está endilgando este Simbad el Marino? [...] Sin embargo, yo pondría la mano en el fuego, que ésta ha de ser, sin duda, la manera que tienen de hablar entre sí los dioses y los diablos"⁵⁸.

Kazantzakis como buen discípulo de Nietzsche y como buen griego, sabe claramente que a través del baile, --danzas sagradas, rituales místéricos de la antigüedad--, se quiebra la individualidad, el velo de Maya, la evanescencia de los fenómenos. En la mistagogía dionisiaca, dice Nietzsche "*el individuo se olvida de sí mismo completamente[...]*"; "*Bajo el encanto de la magia dionisiaca no sólo se renueva la alianza del hombre con el hombre; la naturaleza enajenada, enemiga o sometida, celebra también su reconciliación con su hijo pródigo, el hombre [...]* Entonces el esclavo es

⁵⁸ N. Kazantzakis, *Zorba el Griego*, p. 411.

libre, caen todas las barreras rígidas y hostiles que la pobreza, la arbitrariedad o la moda insolente han levantado entre los hombres. Ahora por el evangelio de la armonía universal, cada uno se siente no solamente integrado, reconciliado, fundido, sino Uno, como si se hubiera desgarrado el velo de Maya y sus pedazos revoloteasen ante la misteriosa Unidad Primordial. Con el canto y la danza, el hombre se siente pertenecer a una comunidad superior: ya se ha olvidado de andar y de hablar, y está a punto de volar por los aires, danzando. Sus gestos revelan una encantadora beatitud. Del mismo modo que ahora los animales hablan y la tierra produce leche y miel, también la voz del hombre suena importante y hermosa como algo sobrenatural: el hombre se siente dios[...]"⁵⁹.

Luego de que "K" ha escuchado el relato de los bailes entre aquel ruso y Zorba, expresa aquella dualidad que tanto para los occidentales como para los orientales causa tanto sosiego: alma y cuerpo. *"Está perdida mi vida, pensé. Si pudiera pasar una esponja y borrar todo cuanto he visto y oído, para entrar en la escuela de Zorba y comenzar de nuevo el aprendizaje del grande, del verdadero alfabeto...¡qué distinta sería entonces la senda que seguiría! Ejercitaría los cinco sentidos, la piel entera, para que gocen y comprendan. Aprendería a correr, a luchar, a nadar, a montar a caballo, a remar, a conducir un auto, a tirar con fusil. Llenaría con carne mi alma. Llenaría de alma la carne. Reconciliaría, en fin, dentro de mí, a estos dos enemigos seculares..."⁶⁰*

Un episodio que ilustra la evolución perceptiva de "K", --no sujeto al pesimismo que rechaza los hechos--, se encuentra en el desenlace del aparato aéreo, el "teleférico". Todo estaba listo para la inauguración de la empresa minera, pero sucedió lo inesperado: *"Difícil es relatar lo que entonces ocurrió. La catástrofe se desató con la rapidez del rayo. Apenas tuvimos tiempo para buscar dónde ampararnos"⁶¹*. La construcción se derrumbó y el público tumultuosamente huyó. Sin dar márgenes a lamentaciones, los dos amigos se quedan allí: *"-- ¡Se nos quema! -- gritó Zorbas con gran inquietud, acudiendo a salvarlo del desastre"* [a un cordero asado].

Me senté a su lado. Nadie quedaba en la playa, estábamos solos. Me dirigió una mirada insegura, vacilante: no sabía cómo tomaría yo las cosas ni en qué acabaría la aventura".

Los amigos se quedan al festín sin ningún invitado, ya que todos han huido ante el desastre; cuentan historias. Un deseo de abundancia los

⁵⁹ F. Nietzsche, op. cit. p. 486-487.

⁶⁰ N. Kazantzakis, *Zorba el Griego*, p. 412.

⁶¹ *Ibidem.*, p. 696.

Roberto Quiroz Pizarro, El zorbaísmo de Kazantzakis

envuelve, sus lenguajes se han vuelto musicales, sus espíritus están alegres irracionalmente como nunca antes. Cada vez se sienten más identificados en su locura. La hora de salir de los márgenes de la individualidad se acerca, y el simbolismo dionisiaco del vino lo prelude: "*--Llena los vasos, Zorba, y dejémoslos limpios.*

*Después del brindis, apuramos el vino, exquisito vino cretense, púrpura como sangre de liebre. Cuando lo bebéis, es como si comulgaseis con la sangre de la tierra y os sentís convertidos en ogros. Las venas os desbordan de energía; el corazón, de bondad. Si fueseis un cordero, os volvéis león. Olvidáis las mezquindades de la vida y toda sujeción estrecha se desgarran. En comunión con los hombres, con las bestias, con Dios, os sentís confundidos con la vida del universo"*⁶².

"K" le expresa entonces a su compañero de peripecia su gran deseo:

--Ven, Zorba, enséñame a bailar.

Zorba dio un salto; le centelleaba el rostro.

[...] --¡Vamos, Zorba, mi vida ha cambiado, ánimo!"

"K", el propio patrón escritor, reacciona siguiendo a Zorba, siempre desbordante de buen humor. El incidente muestra que "K" ha soltado las amarras del occidente tan pragmático y calculador. Como occidental que es, ha dado un paso en ello, pues a diferencia del hombre socrático que vive en la esperanza de superar la negatividad y cambiar los hechos, ahora reacciona liberado del fracaso. El escritor ha aprendido a no situarse ni entre la postura occidental que niega con su optimismo el sin sentido, ni a dejarse absorber por la aniquilación personal del oriental. Al desplomarse la empresa, vemos que Zorba se lanza al festín de la bebida y la comida instintivamente, con deseo vital. Su patrón intelectual le acompaña, pues no se llena la cabeza de planteamientos; no se ha dejado tentar por el demonio socrático de la teoría. Al respecto, señala Peter Bien, que "*poco a poco "K" aprende palpando: redescubre el contacto con la tierra, abandona la vía negativa, el "camino negativo" del desapego budista, y dice sí a esa fantasmagoría del dolor, de la contradicción y de la fealdad que es la vida. En segundo lugar, y en la misma importancia, pierde también la última señal del optimismo socrático, la esperanza de salvarse con la acción"*⁶³.

Acabada la jornada, después del frenesí, "K" medita en las experiencias vividas: "*Me eché a andar con paso rápido [...] el corazón me latía fuertemente en el pecho. Jamás había experimentado semejante júbilo en*

⁶² Ibidem., p. 701.

⁶³ Bien, P., op. cit, p. 91.

*mi vida. No era sólo alegría; era un sublime, absurdo e injustificado contentamiento del alma. No solamente injustificado, sino contrario a toda justificación. Porque tenía perdido en la empresa todo mi dinero, los jornales de los obreros, el material del cable aéreo, las vagonetas; habíamos construido un puertecito para exportar el carbón, y ahora no nos quedaba nada que exportar. Todo se había perdido definitivamente*⁶⁴.

Con Zorba, Kazantzakis ponía las esperanzas en un despertar del espíritu originario, en la embriaguez de los sentidos, en el trance de una danza que despertará nuevas fuerzas en los hombres. Acompañada de musicalidad el alma parece transfigurarse, unirse más al cuerpo: *"otro día estaba yo leyendo, tendido en la arena de la playa, cuando Zorba vino a sentarse frente a mí; puso el santuri apoyado en las rodillas y comenzó a tocar. Poco a poco fue cambiando la expresión de su semblante; una salvaje alegría se apoderó de él, y tendiendo el largo cuello cantó. Tonadas macedonias, canciones kléfticas, gritos desarticulados: la garganta del hombre retornaba a los tiempos prehistóricos, en que el grito era la alta síntesis condensatoria de cuanto llamamos hoy música, poesía y pensamiento[...]*

*Lignito, ganancias y pérdidas, doña Hortensia, planes para lo futuro, todo desaparecía. El grito barría con todo, ya no teníamos necesidad de nada". Sabemos que el libro acaba en un estado dionisiaco, pues Zorba le enseña a bailar a "K", lo cual significa que éste "ha elegido el camino antioccidental de la locura absurda: en el momento en que ha perdido todo -- dinero, hombres, la empresa--, está desbordado de un ánimo elevado, absurdo, injustificable [...] superó la esperanza y el temor que restringen al hombre lógico socrático. ¡Se hace realidad el deseo de Nietzsche sobre un Sócrates que por fin aprenda música"*⁶⁵.

La historia acaba y Zorba sigue siendo un enigma de vida y locura. En el fondo, hay un renacer del mito, que lo cumple Zorba con el hecho de ser plenamente él mismo, desde la punta de los dedos hasta los pies, bailando o tocando música. Así es como existe Zorba "[...] *todo locura, salud, pletórico de pasión y de sabiduría trágica --todas las aretés dionisiacas que se hallan atesoradas en El nacimiento de la tragedia. Enteramente opuesto a esto, en cada punto, está "K.", el débil pesimista. Le viene bien leer a Dante, como en el primer encuentro, porque tiene treinta y cinco años, nel mezzo del cammin nostra vita, y debe encontrar el gurú que le descubrirá los misterios de la*

⁶⁴ N. Kazantzakis, *Zorba el Griego*, p. 704.

⁶⁵ P. Bien, op. cit., p. 85.

Roberto Quiroz Pizarro, El zorbaísmo de Kazantzakis

vida, y que le mostrará el camino de la salvación --no por cierto, el camino cristiano, sino la senda griega"⁶⁶.

Se encontraron cuando el intelectual "K" tenía en mente su libro sobre Buda, hecho que marca un simbolismo a lo largo del relato. Además, adivinamos que viene huyendo del occidente, cansado del racionalismo socrático, pero envuelto en la apatía oriental, pues tampoco puede ni amar ni odiar con pasión. Es una personalidad pesimista, y justamente le dice a su compañero de aventuras, Zorba, que ya no quiere más fastidios, angustias intelectuales, enredos del alma. Pero Zorba le responde claramente que "*la vida son fastidios[...] la muerte, no*". También "K" es un hombre que vive dividido, es un dualista atormentado, poseído por el choque entre la materia y el espíritu, el cuerpo y el alma, lo apolíneo y lo dionisíaco. Sin embargo, al fin, de la mano de Zorba, "K" ha comprendido otro misterio: "*Tendido así, con los ojos cerrados, parecíame escuchar el crujido del crecimiento de mi ser. Por vez primera percibí nítidamente esa noche que el alma es carne, más móvil, quizá, más diáfana, más libre, pero carne. Y que la carne es alma, un tanto soñolienta, fatigada por el largo andar, agobiada por pesadas cargas hereditarias*"⁶⁷.

"K" aprendió del vitalismo y dionisismo de Zorba, que cuerpo y alma constituyen un conjunto armónico, aunque contradictorio. Zorba no se aflige irremediablemente como el intelectual ante el flujo incesante de las cosas, ante la muerte o negatividad del mundo. Por el contrario, acepta los aspectos de la necesidad, los disfruta y llega a ese estado de amor fati nietzscheico: siente que las realidades efímeras y cotidianas de la existencia son de un valor positivo, profundo, único. En Zorba ha palpado un comportamiento de plenitud con la tierra, con lo que emprende, con las historias que cuenta, con esa mentalidad extravagante, con su cúmulo de aventuras y experiencias, con su espíritu libre y chispeante, y todo ello en su conjunto, significará una preparación para que "K" ensaye una nueva perspectiva de la realidad, hecho que queda puesto en evidencia a continuación de la catástrofe aérea, cuando "K" dice: "*Pues bien, tal era el instante en que experimentaba un imprevisto sentimiento de liberación. Como si en alguno de los duros y sombríos repliegues de la necesidad hubiera sorprendido a la libertad juguetona oculta, y yo me ponía a jugar con la libertad*"⁶⁸. Son palabras que hacen pensar en la imagen del niño nietzscheno, jugando libremente en los surcos de la realidad, con total inocencia. "K" sigue la locura de su amigo, quiere

⁶⁶ *Ibidem*, p. 83.

⁶⁷ N. Kazantzakis, *Zorba el Griego*, p. 633.

⁶⁸ *Ibidem.*, p. 704.

liberarse del freno de la realidad y dejar atrás su tendencia dialéctica de apreciarlo todo a través de palabras o razones: Dios, Buda, civilización, sentido, verdad, fe, nirvana, esperanza, quietud, renuncia, control, individualidad, patria, palabras que pueden minar las honduras de la vida. *"Es indispensable --pensé-- que me libere de todo fantasma: budas, dioses, patrias, ideas...¡Desdichado el que no logra apartar de sí a los budas, a los dioses, a las patrias, a las ideas!"*⁶⁹. Por el camino guiado de Zorba ha podido encontrarse consigo mismo; ha vuelto a sentirle sabor a la vida, a amar a una mujer, a entregarse a la danza, a la locura, a experimentar dolor y soledad sin protestar, en fin, a liberarse de su estructurada individualidad occidental. *"Muchas alegrías me procuró esta apartada costa; haber vivido en ella con Zorba ensanchóme el corazón; algunas de las palabras que le oyera fueron bálsamo de paz y sosiego para el alma"*⁷⁰

Tampoco ha seguido "K" el camino de Sileno, ni el de Sócrates, ni el de Buda. El estigma búdico que envuelve al protagonista viene a representar el síntoma de una cultura agotada; la que también puede traspasarse a Occidente. Asimismo en el camino de "K" está el último hombre anunciado por Nietzsche, hecho que manifiesta a todas luces el enlace ideológico al interior de la novela. *"Se acercan sin duda los tiempos del hombre más despreciable", "la tierra se ha empequeñecido",* hombres que *"andan siempre con cautelas",* aquellos que *"tienen pequeños placeres para el día y para la noche",* esos hombres que no tienen lenguaje propio y sólo hablan entre *"gesticulaciones y guiños";* viene el último hombre⁷¹. Aquí Kazantzakis claramente hace eco de aquella metáfora nietzscheniana del "último hombre", del impacto que deja a su paso: *"Ahora bien; todo esto que otrora me tenía fascinado, se me presentó en aquella mañana como puras acrobacias charlatanescas. Siempre es así: al declinar de las civilizaciones, acaba también en juegos de prestidigitadores muy hábiles --poesía pura, música pura, pensamiento puro--, la angustia del hombre. El último de los hombres vivientes en la tierra, liberado de toda creencia y de toda ilusión, que ya no espera nada ni teme nada, ve cómo la arcilla de que está hecho se reduce a espíritu, y cómo el espíritu no encuentra nada en que echar raíces para sorber y alimentarse. El último de los hombres vivientes de la tierra se ha vaciado: ya no hay en él simiente, ni excrementos, ni sangre. Todas las cosas se han convertido en palabras, todas las palabras en trasposiciones musicales juglarescas. El último de los hombres llega más lejos aún: se sienta en una*

⁶⁹ *Ibidem.*, p. 563.

⁷⁰ *Ibidem.*, p. 706.

⁷¹ F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Editorial Bruguera, Madrid 1983, p. 32.

Roberto Quiroz Pizarro, El zorbaísmo de Kazantzakis

punta de su soledad y descomponen la música en mudas ecuaciones matemáticas.

Me sobresalté. ¡Buda es el último de los hombres!"⁷².

"K", como intelectual y escritor, ha tenido una relación con Buda, la que se expresa como la de "un duelo con el gran No"; gracias a la presencia dionisiaca de Zorba ha podido finalmente fundir toda esa gravedad, esa pesadez de espíritu, en un sagrado Sí zaratústrico a la vida.

El tipo intelectual, el escritor "K" de la historia --de una historia que es paradigmática--, una vez "liberado ya del optimismo occidental y de la renuncia búdica, está listo para aplicar también sus fuerzas apolíneas a la forma dionisiaca de Zorba, para transubstanciar la semilla barbárica y lograr la síntesis de Occidente y Oriente, de la pasión y el logos, que siempre fue la cumbre del espíritu griego"⁷³. En medio de un recuerdo impregnado de santidad y locura, "K" emocionado, le reconoce a su amigo aquella naturaleza nada corriente que posee, más allá de la teoría, más allá de la renuncia: "a menudo les hablaba a mis amigos de aquella alma superior; admirábamos el andar firme y altivo, despreocupado de la razón, de aquel hombre inculto. Las alturas espirituales que nos cuestan años y fatigas alcanzar, las escalaba Zorba de un brinco. Decíamos entonces: 'Zorba es una gran alma'. A veces el brinco lo llevaba más alto y entonces decíamos: 'Zorba está loco'"⁷⁴. Son las efusivas palabras de un intelectual, y siendo "K" un espíritu formado en el occidente, viviendo en una cultura predominante, llegando a una edad madura, será capaz, pese a su lastre occidental, de aceptar la pedagogía de un salvaje como Zorba: "Sentado en la cama, meditaba sobre mi vida, que transcurría inútilmente. Por la abierta puerta percibía confusamente la figura de Zorba [...] Lo envidiaba. ¡Él sí que ha dado con la verdad! --pensaba yo--; ¡la buena senda es la que él ha emprendido!"⁷⁵.

La novela *Zorba, el Griego*, por todo lo expresado, por su estructura dialógica, su pedagogía zorbesca, su mistagogía vital, constituye pues una parábola de la sabiduría dionisiaca, y de acuerdo a Bien, es una interesante tentativa planteada "sobre como se fusionan fuerzas desiguales, que también Nietzsche y Kazantzakis, las ven como tan únicas y tan eternamente griegas".

⁷² N. Kazantzakis, *Zorba el Griego*, p. 495.

⁷³ P. Bien, op. cit., p. 95.

⁷⁴ N. Kazantzakis, *Zorba el Griego*, p. 704.

⁷⁵ Ibidem., p. 422.

KAZANTZAKIS' ZORBAISM.

In Kazantzakis' literary output, highly personal and open to other forms of thought, a permanent state of shading and dialogue is often found. Alexis Zorba is a philosophically relevant figure with whom Kazantzakis will unfold an interesting interchange of feelings and opinions present in the homonymous novel. Several points of interest highlighted by scholars of Neohellenic literature are proposed as a means to reveal a Zorban "pedagogy" as it were. Some of these aspects are the spiritual forces of East and West, Zorba's attitude as a breaking off from Christian tradition and western rationalism, Dionysian vitalism, and the influence of Nietzschean precepts on the building of a new Zorban gospel.